



EL OTRO NOMBRE

Jorge Rivadeneyra A.
IIES-FACES-UCV

Gracias a los vuelos espaciales, que todavía no van más allá de la Vía Láctea, se ha llegado a saber que Dios no está en un lugar determinado por cuanto es una sustancia impalpable, como el éter, cuya inexistencia ya nadie discute, o como la ley de la gravedad, pongamos por caso, donde ingravidez significa lo Demónico, porque la ingravidez es la misma gravedad pero en negativo. De lo dicho se deduce que Dios y el Demonio, aunque igualmente de cuidado, no son dos personas distintas, ni siquiera como si fuesen de distintas nacionalidades. Es decir que Demonio sólo es el otro nombre de Dios, o viceversa.

También se ha determinado que Cielo es ese no-lugar, o el en todas partes, sin puertas visibles, razón por la cual Diablo entra sin pedir permiso, se sienta junto al Señor del Universo y los dos, como si estuviesen alrededor de una botella, conversan amablemente. No se hieren ni zahieren porque no son enemigos. Mantienen algo de distancia, ciertamente, con esa especie de recelo de quienes viven en habitaciones de distinto nivel del mismo edificio.

Les encanta apostar, no a los caballos ni a la ruleta rusa, sino a la fragilidad de la fe, como ocurrió con Job según relata la Biblia. Y entre dimes y diretes, Diablo, chabacanamente dice, ¡te compro esa alma! Y rien y hablan no sólo el mismo idioma, sino el lenguaje común de quienes alimentan similares proyectos existenciales.

Corroborando todo cuanto aquí se ha dicho, J.W. Goethe reprodujo esos diálogos en un libro llamado "Fausto", que es el nombre de un anciano que se cree Dios. Por eso, al igual que El Señor, el doctor Fausto tiene su Diabolo propio, *Mefistófeles*, el que también, con toda seguridad, sólo es el otro nombre de sí mismo.

Gracias a estos testimonios, en definitiva, Demonio no es un ensamble de hombre y macho cabrío. Insulsa suposición, como lo demuestra Nietzsche en "El Origen de la Tragedia". No obstante, Demonio significa origen de lo arbitrario, como quien asegura, verbigracia, que la luz proviene de la oscuridad, el odio del amor, la tiranía de la libertad. La hegemonía de las antinomias, es decir una fuerza que quiere ir más allá de sí misma. Debe ser por eso que esos pactos de hombres desesperados que como último recurso deciden vender su alma no lo suscriben con Dios sino con el Diabolo porque Dios, un inveterado constitucionalista, no rompe las fronteras de nada. El es el orden universal sujeto a normas, alrevés de su otro yo, que es el desorden como forma de existencia.

No obstante, Satanás, que también así llaman al Diabolo, no sería Satanás si no disfrutara dando contra, y para que se vea y anote que no siempre es arbitrario, discurre como si fuese el mismísimo doctor Fausto, con elegancia, doctamente, con la ansiedad y conmisericordia característica de la racionalidad humanista, que, como todo el mundo sabe, no es usual entre los habitantes del infierno. Y Diabolo, que aquí se llama Mefistófeles, declara que le duele el dolor de los desesperados. Dice que la humanidad es tan infeliz que aun cuando él, en tanto que Luzbel, está obligado a esparcir el mal, no se atreve porque le falta coraje para aumentar el dolor de los seres humanos. Y todo eso a pesar de que podría hacerlo sin cargos de conciencia porque fue el mismo Dios el que le asignó la tarea de distribuidor de lo maloliente.

Sin embargo, sin que ese sea el propósito, a causa de que las antinomias son el verdadero lenguaje del universo, sus maldades producen bienandanzas, por ejemplo, el amor que él suscita, conlleva el hastío, es decir el detritus de las pasiones que se extinguen. Con frecuencia, en ese desierto se desata el odio, es decir la sevicia envuelta en los tules del buenamor. No obstante, ese aborrecimiento contribuye a que hombres y mujeres no armen guerras como la de Troya, que en su lugar inventen la separación, el divorcio civilizado, e incluso la cuchillada siempre que sea silenciosa. Que todos vivan varias vidas con sus nuevos amores, esas felicidades de temporada porque la alegría siempre termina y la infelicidad jamás.

A Dios, en cambio, le ocurre todo lo contrario. Él siempre imparte el bien, el *ama al prójimo como a ti mismo*, verbigracia, e induce a que se invente la ciencia a fin de que cese la envidia que los humanos sienten por Dios, y redacta los

estatutos de la democracia para que se respeten los unos a los otros, pero por eso de las paradojas, se ama al prójimo machucándole, la ciencia conduce a la bomba atómica y la democracia no es capaz de eliminar la persecución a los disidentes. Es decir que de las buenas intenciones se deduce sin falta el mal, y el mal como pandemia se convierte en la maldad. Todo eso proviene de Dios, sólo que por miedo al poder, se le ha dado el nombre de consustancialidad de la existencia.

A esas alturas de la navegación, en unos monólogos que por alguna razón desconocida se llaman diálogos, desaparecía la diferencia entre el doctor Fausto y Mefistófeles. No había distinciones sustanciales ni siquiera en la tonalidad de la voz cuando Demonio dijo que el mal produciendo el bien es un sistema lingüístico existencial llamado paradoja. Aclaró que la paradoja es un discurso que se niega a sí mismo. Y golpeando en un escritorio invisible, Mefistófeles, imitando malamente a su viejo amigo Emmanuel Kant, enfatizó en que paradoja es el razonamiento que permite afirmar o negar con los mismos argumentos.

De ese modo, la paradoja, en tanto que auto-contradicción, no sólo es un debilidad de la razón, o una enfermedad del lenguaje, sino la expresión de contradicciones insolubles de la existencia. En efecto, todo lo que se hace racionalmente y con la mejor intención, a) no produce lo proyectado; b) es decir que lo que debiera ser bueno deviene en lo atroz.

Debería llamarse tragedia a esta paradoja ontológica porque "la tragedia radica en el hecho de que todas las formas de acción, que son irrenunciables y tenidas por valiosas en sí mismas, contienen, sin embargo, un destino de error, a los que no es posible escapar"¹

En ese momento, como si acabara de despertar de un mal sueño, el doctor Fausto dijo, de acuerdo a esta paradójica manera de ser, ¿soy igual a Dios?

Como se sabe, toda interrogación contiene dudas y sugiere otras más. Pero la duda es un sí a medias, o un no incompleto: un círculo que no se cierra. Puede ser incluso un desafío cuando no se sabe a qué atenerse, como le ocurrió a Ulises durante su turbulento regreso a Itaca: acosado por el cantar de las sirenas, por las trampas de Circe y la fuerza descomunal de Polifemo, el Titán de un solo ojo en el centro de la frente, retó a los dioses que den la cara, que vengan a razonar de igual a igual a fin de que triunfe el que mejor argumente. Como si Ulises fuese uno de los antecedentes más serios del Iluminismo gracias a su

¹ Francisco Ayala, prólogo a el "Fausto", de Goethe, Ed. W. M. Jackson Inc, Buenos Aires, 1948, pág. XVI.

ingenua fe en la razón, pensó el doctor Fausto, y luego desviándose por otros senderos reflexionó acerca de que la dignidad del hombre es el equivalente a ser Dios. Por eso, el que no se eleva a esa altura es como el gusano que se arrastra por el polvo, aun cuando eso de arrastrarse no sea denigrante en sí mismo.

Esa grandeza, ser como Dios, y esa pequeñez, ser un gusano, recuerda a Bolívar. En su "Delirio sobre el Chimborazo", cuando el que comandó la derrota del ejército colonial, se sintió empequeñecido, un grano de arena frente a la Eternidad, que sólo es el Tiempo Infinito.

"La piedra se desmorona y el calicanto falsea", ¿no? El doctor Fausto se siente cansado. Tiene poco pelo, dientes en mal estado, muchas arrugas. Ha gastado su vida tratando de conocer científicamente el mundo, es decir valiéndose de la razón. Y todo el saber que domina, no le ha proporcionado la felicidad que prometieron al mundo los enciclopedistas. Al contrario, aprendió que conocer es dudar, desconfiar de las apariencias debido a la sospecha de que siempre esconden algo. Y casi a gritos dijo, ¡malditos sean los favores supremos del amor! ¡Maldita sea la esperanza, la fe y sobre todo la paciencia!².

Maldecir no significa pronunciar incorrectamente las palabras. Maldecir, cuando el adjetivo está como soldado al verbo, quiere decir retorcerle el cuello a los valores, condenarles al exilio, entregarles a la voracidad de los buitres. Así que el doctor Fausto maldice, renuncia otra vez a la razón y declara que quisiera disponer de un manto mágico para volar sobre las montañas de la Selva Negra, por encima de las ciudades, más allá de todo cuanto. Pero la razón es tozuda: vuelve por sus fueros y le hace saber al doctor que esos recursos son propios del mito. La racionalidad no proporciona la alfombra mágica que inventaron los iraquíes de las Mil y Una Noches.

Pero el doctor Fausto porfía y asegura que la mente del hombre es la *Casa del Demonio*; por eso, las maldiciones de hace un momento no fueron el producto de su racionalidad sino de las tinieblas que le habitan. De esas tinieblas viene la luz, dijo. Madre Noche, dijo, y llamó a Demonio: ven, Mefistófeles, dijo, porque ese era el nombre que le había puesto para las conversaciones íntimas. Juguemos una partida de ajedrez, si te place, o háblame de la Vida Viva, ¿ese es el otro nombre de la mujer, o no? De tanto conocer el mundo, he olvidado sus donaires, su anatomía. Y de pronto recuerda que Mefistófeles quiere firmar un contrato usando sangre en vez de tinta.

² Goethe, opus citado, pág. 50.

El alma de Fausto a cambio de lo que él desee. ¿Qué puedes darme?, le increpa. ¿Qué puedes darme a mí que maldije la esperanza? ¿El poder? ¿La gloria? No quiero ni la inteligencia ni la sabiduría, porque ya las tengo. "La vida es el carro del destino impulsado por los caballos del tiempo. Avanza desbocado y sin rumbo, y la única función posible consiste en evitar la caída"³.

Y Mefistófeles, que no adolece del mal de la vejez, con la cautela de un académico, le dice que investigará lo que el doctor Fausto quiere pero aún no sabe qué es. Y en voz embozada añade, no hay cosa que no se venda ni deuda que no se pague.

³ J. W. Goethe, "Poesía y Verdad", Alba Editorial, Barcelona, 1999.